

en todas las almas buenas, á fin de sufrir muerte por la gloria del Padre, de todas las maneras que morirán los Santos hasta la consumacion del siglo⁴.

Si consideramos la Eucaristía en sus relaciones con la sociedad, nuestra admiracion sube aun de punto. Necesitaríanse muchos volúmenes para explicar todos los efectos que el sol produce en la naturaleza y todas las influencias que el corazon ejerce en el cuerpo humano; pues bien, volvemos á decirlo: lo que el sol en la naturaleza, lo que el corazon en el cuerpo humano, es la Eucaristía en la sociedad: quitad el sol, y la naturaleza perece; quitad el corazon, y el cuerpo humano muere y se aniquila. No es exageracion todo esto: la palabra del hombre es impotente para producirse cuando se trata del misterio que, segun san Buenaventura, « constituye la base de la » Iglesia católica, y por consecuencia el cimiento de la sociedad, la » robustez de la fe y el principio vital del Cristianismo². » No hay tiempo para explicar aquí todo el influjo que ella ejerce sobre las artes, pintura, música, poesía y arquitectura, y sin embargo, ¿cuánto no habria que decir? Pasemos en derechura á nuestro objeto, y veamos cuál es la influencia de este Sacramento augusto sobre el individuo.

Hijo de Dios por el Bautismo, soldado de Jesucristo, rey, sacerdote y profeta por la Confirmacion, el jóven cristiano va á recibir una magnífica prueba de la realidad de estos magníficos dictados. Como Dios, necesita un alimento divino³; como tabernáculo, templo, sagra-rio, en breve recibirá á Aquel á cuyo servicio ha sido consagrado. Una palabra, pero palabra fecunda en virtudes angelicales, suena á sus oídos: Hijo mio, le dice la Iglesia por boca de una piadosa madre, ó del pastor encanecido que le administró el Bautismo; mira que se acerca la época de tu primera comunión. — ¿Qué es la primera comunión? pregunta el angelito. — ¡Oh hijo mio! llegará un dia en que el Dios que te crió, que te consagró en el Bautismo, y que te adoptó por hijo suyo, descenderá del cielo para venir á tomar solemne posesion de tu espíritu y de tu cuerpo: en aquel inefable momento los Ángeles estarán prosternados á tus piés; mas dichoso que el discípulo amado, no solo reposarás en el seno de tu Salvador, sino que él mismo reposará en tus labios y entrará personalmente dentro de tu pecho, y tan venturoso como María, poseerás á Aquel de quien es ella augusta Madre. Tu primera comunión, querido mio, es un contrato formal, una magnífica alianza que vas á establecer con Dios; Dios se te dará enteramente, y cuanto tiene, cuanto él es, su cuerpo, su alma,

⁴ Véase Vaubert, *Devocion á Jesucristo*, t. I, pág. 93.

² Per hoc Sacramentum stat Ecclesia, fides roboratur, viret et viget Christiana religio et divinus cultus.

³ Ego autem dixi: Dii estis. (*Psalm. LXXII, 6.*)

su divinidad, los tesoros de sus gracias, todo será para tí, pero en cambio exige tambien todo lo que tú tienes y todo lo que eres, cuerpo, alma, corazon, vida, lo cual vas á entregarle sin reserva ni restitucion; pero no temas, porque si Dios reclama todos tus bienes, es para conservarlos y devolvértelos multiplicados é inmortalizados. Los testigos de ese contrato serán tu padre, tu madre, tus hermanos, tus hermanas, los Ángeles y los Santos del cielo y de la tierra; él se escribirá y firmará con la sangre de tu Dios, y llevado al cielo por los mismos Ángeles, será allí archivado hasta el dia de tu muerte, y despues vuelto á la tierra el dia del juicio final; y segun hubieres cumplido las condiciones del mismo, se regulará la sentencia de tu eternidad.

Á esta noticia, no sé qué impresion religiosa, qué terror templado por el amor invade el espíritu del niño; desde luego, para que sea digno de la visita de Dios, son indicadas y se practican diferentes instrucciones; preces, limosnas, y toda especie de buenas obras, tanto mas meritorias cuanto solo las ven los Ángeles; y los malos hábitos se rompen, las pasiones se acallan, y la obediencia, la blandura, la piedad vienen á edificar á la familia, y preparan la alianza. Llega, por fin, el dia en que el Autor de todos los mundos ha de descender y morar en el corazon de ese niño... Pero aquí enmudezco; una lengua humana no puede expresar lo que entonces pasa entre Dios y su hijo estimado; todo lo que sé, es que la sangre divina vertida en aquel tierno corazon lo embellece y vivifica, cual una lluvia suave refresca el lirio del valle al entreabrir su perfumado cáliz á los primeros rayos del sol. « Estos niños, dice el amable y santo Obispo de Ginebra, experimentan como Jesucristo se propaga y comunica por todas las » partes de su alma y cuerpo, sintiéndolo en la mente, en el corazon, » en el seno, en los ojos, en las manos, en la lengua, en los oídos y » en los piés; y ¿qué hace el Salvador para conseguir todo esto? todo » lo restaura, todo lo purifica, todo lo mortifica, todo lo vivifica; ama » en el corazon, entiende en la mente, anima en el seno, ve en los » ojos, habla en la lengua, y así de lo demás; él lo hace todo en todo; » y entonces es cuando nosotros vivimos, pero no nosotros, sino Jesu- » cristo es el que vive en nosotros⁴. »

¿Quién explicará las impresiones vivas, suaves, tranquilas, profundas y deliciosas de los pobrecitos en aquellos momentos? Cuanto yo veo, son lágrimas de ternura, regando mejillas sonrosadas por el fuego de un amor virginal; cuanto miro, es la inmovilidad del recogimiento, el éxtasis de la fe, y un arrobamiento del todo divino. Ved allí toda una familia enternecida, una madre que moja con su llanto la losa del santuario donde se ha postrado á comulgar junto á su hija;

⁴ Epist. lib. II.

ved acullá una hermana, un hermano, un padre, la parentela entera del niño que sienten en este día un placer totalmente nuevo, ó quizá pesares y remordimientos, sensaciones indefinibles, gérmen de futura enmienda y de completa regeneración; ved, en fin, por todas partes comenzar una nueva era de vida para los pequeñuelos, y renovarse el eterno recuerdo de este gran día, recuerdo poderoso, dique contra las pasiones, roedor saludable después de las caídas, aliento para todas las penas de la vida, y último consuelo para el trance definitivo.

¡Cuántas virtudes sembradas, pues, en el corazón, á consecuencia de la comunión primera! ¡cuántas pasiones ahogadas en su gérmen! ¡cuántos crímenes atajados, y de consiguiente cuántas lágrimas para las familias, y desórdenes ó escándalos para la sociedad contenidos por la acción prepotente de la sangre reparadora la primera vez que, aniquilando el gérmen del mal, se derrama hasta el fondo de las entrañas y hasta el tuétano de los huesos del joven católico! ¿Se conoció jamás cosa más eminentemente social que el acto solemne de la primera comunión? Hé aquí las palabras de un sugeto cuyo nombre no puede pronunciarse sin rubor: « Hemos recibido á Dios, dice Voltaire; » Dios está en nuestra carne y en nuestra sangre; ¿quién después » de esto podrá cometer un solo pecado, ni siquiera por intención? » Era imposible *imaginar*¹ un misterio que tuviese á los hombres ligados más firmemente á la virtud. » Avanza ahora en el camino de la vida, joven comensal de todo un Dios, y dile á tu Huésped, como le decían los discípulos de Emaús: « Quedaos conmigo, Señor, porque se hace tarde y el día va declinando. » Mientras él guie tus pasos, no temas extraviarte, y mientras sean regulados por él los movimientos de tu corazón, no dudes ostentarlos, porque ni tu madre tendrá lágrimas que derramar, ni la sociedad escándalos que deplorar ó excesos que reprimir.

Gérmen de caridad y de virtud en el individuo, la Comunión lo es igualmente en la sociedad. Todas las maravillas de caridad que diez y ocho siglos há cubren el mundo de uno á otro polo son producidas por la Eucaristía; verdad poco conocida que hoy más que nunca conviene recordar. La comparación en ese particular del Catolicismo y del Protestantismo ofrece un fenómeno notable del mundo moral, que el mismo citado Voltaire hubo de entrever: « Los pueblos separados de la comunión romana, dice, *no han imitado* sino imperfectamente la generosa caridad que á esta caracteriza. » Ahora bien: como el espíritu de una iglesia cualquiera que sea, en quien más sobresale es en su clero, comparemos el sacerdocio católico con el ministerio (iba á decir sacerdocio) protestante. Admito de antemano todos los rasgos de beneficencia individual que puedan aducirse en

¹ *Imaginar* es la verdadera palabra.

honor de este, y solo pido una cosa: que se me haga ver en dicho clero, considerado en masa, el espíritu de sacrificio. Yo no registro en su historia, aun en la época de su más crecido fervor religioso, que recibiese siquiera la gracia de poder hacer frente á la peste para el desempeño de su mayor deber. « En 1543 los ministros se presentaron al Consejo de Ginebra, confesando que tendrían obligación de ir á consolar á los apestados, pero que ninguno de ellos se siente con el arrojo necesario para hacerlo, y en consecuencia piden que el Consejo excuse su debilidad, *pues Dios no les ha concedido la gracia de vencer y arrostrar el peligro con la intrepidez que convendría,* » excepto Mateo Genesto que se brinda á ir si le cae la suerte¹. »

¡Cuán distinto era el lenguaje que á su clero dirigía el cardenal Borromeo casi en la misma época y en análogas circunstancias! « Las más tiernas atenciones, dice, de que el mejor de los padres suele rodear á sus hijos, debe también el Obispo prodigarlas en esos tiempos de desolación, en fuerza de su celo y ministerio, para que los demás hombres inflamados por su ejemplo abarquen todas las obras de la caridad cristiana. Tocante á los párrocos y otros encargados de la cura de almas, lejos de pensar siquiera en defraudar á su rebaño del más pequeño cuidado en época en que tanto se necesitan, resuélvase decididamente á arrostrarlo todo con buen ánimo, hasta la muerte, antes que abandonar en una urgencia tan extrema de todo género de recursos á los fieles cometidos á su cuidado por el Cristo que los redimió con su sangre². » Ni este Prelado, ni sus sacerdotes, ni tantos pobres religiosos de quienes se mofaba á su sabor la *intrepidez* de los pastores de Ginebra, esperaron que *les tocara la suerte* para lanzarse á la cabecera de los apestados.

Igual contraste se ha notado en todas épocas, y aun recientemente, siempre que la epidemia ha invadido alguno de los puntos donde se hallan frente á frente los dos cultos, según sucedió en algunos cantones de Alemania. Esta observación hecha por varios periódicos fué confirmada tres años atrás, en mayor escala, en presencia del antiguo y del nuevo mundo, cuando la invasión del cólera-morbo. En efecto, todos los diarios repitieron aquel caso de unos ministros protestantes de los Estados-Unidos, los cuales entreabriendo su puerta para contestar á los que iban á llamarles de parte de los coléricos de su congregación, decían: No podemos ir; también nosotros tenemos mujeres é hijos; dirigíos al misionero católico... Y este misionero volaba efectivamente!

¹ Extracto de los registros del Consejo de Estado de la Rep. de Ginebr. desde 1535 hasta 1792. — Calvino hizo que le prohibieran ir á visitar el hospital de apestados, y varios ministros se negaron á ir también, diciendo que antes se irían con mil diablos. (*Fragmentos biográficos de los registros de la ciudad*, 1 mayo de 1543, pág. 40.)

² Concilio V de Milan, part. II, c. 4.

al lado del enfermo, y su milagrosa caridad obtuvo distintas veces la mas dulce de las recompensas, restituir al gremio de la Iglesia á un hijo extraviado. Aun ahora subsiste un hecho que importa revelar á la Europa: en Australia, donde la Inglaterra ha establecido inmensas mazmorras, hay una poblacion de cincuenta mil deportados, de los cuales los mas criminales ocupan la isla de Norfolk: pues ¿se creerá que el obispo protestante y el secretario de las colonias inglesas, despues de muchos años de andar buscando para esta isla un ministro de su comunión, no han podido encontrarlo, y hasta ahora aquellos infelices solo han sido visitados por un misionero católico⁴?

El mismo espíritu se reproduce en todas partes: « Compárense las » misiones protestantes con las nuestras, y se verá qué diferencia » incalculable media entre el espíritu que las constituye, así en sus » recursos como en sus resultados. ¿Dónde están los ministros pro- » testantes que sepan morir para anunciar al americano salvaje, ó al » letrado chino, *la buena nueva de su salud*? Pondere la Inglaterra en » buen hora sus apóstoles á la *Lancaster*, y sus sociedades bíblicas; » pinte cuanto quiera en sus pomposos relatos el progreso de la agri- » cultura entre los negros y el de las ciencias elementales entre los » Indos: todas esas ridículas misiones de negociantes, sin otro móvil » que la política, ni mas agente que el oro, solo lograrán demostrar » la incurable apatía religiosa de las sociedades protestantes, hijas del » interés; y cualquiera que sepa discernir una grande acción inspirada » por sublimes móviles de una empresa aconsejada por el miserable » cálculo, reconocerá, procediendo de buena fe, qué infinita distan- » cia media entre el obispo de Tabraca, por ejemplo, el cual acaba » de perecer víctima del puñal de la persecucion en Sutchén, en me- » dio del rebaño que su arrojo y sus desvelos conquistaron para el » Cristianismo, y entre el misionero metodista que en su celo *prudente* » evita los lugares donde su vida podría peligrar, y que en fuerza de » un contrato estipulado de antemano se hace pagar tanto por cabeza » de sus conversos². »

⁴ *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 59, pág. 462.

² No deja de ser curiosa la noticia detallada de los pretendidos trabajos apostólicos de estos misioneros. Hé aquí el extracto semanal del diario de uno de ellos: « El 10 de este mes he trabajado en la fragua y he concluido armazones de ventanas. — Día 12, he sembrado legumbres. — Día 13, consagrado á trabajos de albañilería. — Día 14, he recompuesto un carreton, plantado árboles y podado algunas cepas. — Día 16, domingo, hemos celebrado una buena congregacion oyendo atentamente un sermón sobre el punto siguiente: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*. ¡Ojalá aquella tristeza que nunca cansa, se generalice entre nuestros pobres bechuanas! — Día 17, recompuse una rueda de vagon que se caía á pedazos. — Día 26 y 28, he labrado dinteles de puertas. » Esta carta edificativa y curiosa de uno de los evangelizantes que la Propaganda inglesa sostiene en el Sur del África, fué publicada en el *Diario* (protestante) de las *Misiones evangelicas*, entrega de agosto de 1841. Dicho misionero termina su relato

Mil hechos ocurren en apoyo de estas elocuentes frases; hé aquí algunos. Entre los espléndidos resultados de que los misioneros protestantes se glorian en sus conversiones de idólatras, jactanse mucho de las que suponen obtenidas en las islas del mar del Sur, especialmente en Otaití y en Sandwich; pero los viajeros que últimamente visitaron aquellas islas, y publicaron despues sus obras en Inglaterra, prestan suficientes datos para poder apreciar en su valor los esfuerzos de los tales misioneros. Sus trabajos, en efecto, segun nos dicen, han sido tan mal concebidos y peor practicados, que lejos de mejorar en nada la condicion moral y física de aquellos isleños despues de su conversion al Protestantismo, solo han logrado empeorar en todós conceptos su anterior condicion, sumiéndolos en un estado de degradacion que llega á embrutecimiento. Mejor lo demostrará el extracto siguiente tomado de una obra inglesa protestante que se publica en Londres⁴, donde haciéndose la reseña de una nueva publicacion de Mr. Barrow sobre Otaití, se dice:

« El capitán Barrow es poco adicto á los misioneros (protestantes) » establecidos en la isla, y nosotros opinamos como él. ¡No es por » cierto una viva lástima que para ocuparse en la conversion de aque- » llos isleños, se haya echado mano de personas tan poco ilustradas!... » Despues de describir el estado floreciente de la isla antes que á ella llegaran los misioneros, sigue diciendo así dicho Capitán: « Tal era el » floreciente estado de esta deliciosa isla, y el trato afable de los in- » dígenas en la época en que la descubrió el capitán Wallis, y en la » que fué visitada por el teniente Cook; pero no es posible considerar » sin intenso dolor lo que son ahora, al leer la descripción que nos ha » dejado el capitán Beechy: todas las diversiones, aun las mas ino- » centes á que el pueblo se entregaba, han sido condenadas y aboli- » das por los misioneros, sustituyéndolas hábitos indolentes y apáticos; » la sencillez de sus modales, que compensaba otras muchas faltas, » ha cedido el puesto al fraude, á la doblez y á la hipocresía... Diez- » mada atrozmente la poblacion por efecto de la borrachera y la po- » breza, con las consiguientes enfermedades, si en 1794 á tenor de un » empadronamiento hecho por los propios misioneros ascendia á diez » y seis mil cuarenta individuos, en 1830, segun asegura el capitán » Waldegrave, resultó de otro censo practicado tambien por los mi- » sioneros reducida en su totalidad á cinco mil almas. Esta disminu- » cion, por hartas razones, tanto puede atribuirse á la rigidez de los

con una noticia que no puede menos de excitar poderosamente el interés y la simpatía de sus lectores: « Tengo el placer de anunciaros, dice, que el día 19 de este mes mi esposa dió felizmente á luz un niño, que será bautizado con el nombre » de *Juan-Eugenio*. La madre y el niño siguen bien, gracias á nuestro Dios y Padre. » — Firmado: J. Lange. »

⁴ *Family library*. (Biblioteca de las familias, n. 28.)

» reglamentos impuestos por los tales misioneros á aquella gente ,
» como oraciones y salmodias continuadas , etc. , cuanto al abuso de
» los licores fermentados (*dram-drinking*), etc.

» La isla de Taití, ú Otaití, figura dos círculos unidos entre sí por
» un istmo ó bajío estrecho , de los cuales el mayor llamado *Taití-*
» *Muamé* tiene cerca treinta millas de diámetro, y el menor, *Axiarabú* ,
» no pasa de diez millas; uno y otro rodeados de una faja de tierra
» llana que va formando deliciosos valles, y elevándose en capas gra-
» duales hasta una montaña que descuella en el centro , alta de siete
» mil piés en el círculo mayor. Torrentes y arroyos cristalinos cruzan
» estos valles en varias direcciones, y toda la línea de los mismos, así
» como las riberas del rio y las cuevas del monte, están pobladas de
» verdura siempre fresca y lozana. En los hermosos valles que hemos
» dicho, pululaban antiguamente risueñas cabañas y las pequeñas
» plantaciones de los indígenas; pero todo ha desaparecido, y la mí-
» sera poblacion que resta se ha ido agrupando en los llanos panta-
» nosos inmediatos al mar, bajo la inmediata dependencia de los siete
» establecimientos de los misioneros, quienes han arrebatado á aque-
» llas pobres gentes el pequeño tráfico á que antes se entregaban,
» construyendo para sí almacenes y depósitos donde ejercen la agen-
» cia mercantil y el monopolio absoluto de todo el ganado que hay en
» la isla. Es verdad que en cambio han dotado al pueblo con todo un
» *parlamento* y con los beneficios de una *nueva religion* (*risum tenea-*
» *tis!*); pero al mismo tiempo lo han reducido á la miseria: ¡ todo
» esto, como ellos dicen, y como seguramente procurarán persuadir-
» selo á sí mismos, para mayor gloria de Dios y bien de las almas de
» los buenos Taitianos! ¡ Cuán deplorable es un cambio semejante ope-
» rado por tales medios! ¡ Cuán lastimoso que una isla donde la na-
» turaleza se habia al parecer complacido en derramar sus beneficios,
» se vea condenada á tan triste suerte, precisamente en un siglo de
» luces y por gentes que se llaman civilizadas! »

La ausencia del principio de caridad católica resalta no menos en todas las otras misiones protestantes, como no han podido dejar de consignarlo hasta los periódicos mas *mundanos*. « Es un hecho muy digno de observacion, decia algunos meses atrás el *Monitor industrial*, que en todos los países donde se establecieron misioneros protestantes, la poblacion de los indígenas ha degenerado en razon de los progresos de la predicacion. Tal sucede, por ejemplo, en la isla de Taití, la que antes tenia una poblacion tan rica, numerosa y activa, segun refieren Cook y Bougainville; pero dos generaciones han bastado para dejarla casi desierta, y reemplazar á la antigua hermosa raza con otra degenerada, apática y sin inteligencia. Igual resultado va siguiendo la huella de las misiones inglesas en otras muchas islas de la Polinesia. Los escritores de la metrópoli atri-

» buyen tan fatales efectos al cuadro sombrío y tremebundo que los
» predicadores suelen presentar á aquellas imaginaciones infantiles,
» que tomándolo todo al pié de la letra, se aterran y no tienen valor
» de sostener una vida de privaciones que ha de ir á parar á una
» eterna condenacion. Argúyese la verdad de este aserto, de que
» nada parecido acontece en las misiones católicas, cuya moral es
» mucho mas consoladora, y que alienta al hombre en vez de ater-
» rarle. »

La frase escapada no há mucho, en acto solemne, á un obispo anglicano, nos revela la completa inutilidad de las misiones protestantes: « Confíeselo, aunque á mi pesar, dice el Obispo de Salisbury: nues- tras misiones no tienen el menor éxito; y ¿cuál es la causa? la falta de unidad. — ¿Cómo esperar convertir á las naciones infieles, si no tenemos union en Jesucristo? ¿Á quién se harán aceptar las doctrinas del Cristianismo, si ofrecemos á los ojos de todos el espectáculo de las mas hondas divisiones, del cisma y de las herejías? » Oigámosle mas: « Aquí no hay sino teorías; la práctica entre nosotros está muerta; nuestra religion es *nominal!* ¡ Ah! ¿cuándo se restablecerá la unidad que debe dar vida á toda la Iglesia de Cristo? » Tal es nuestro ardiente deseo!... »

En cambio, la abnegacion de los misioneros católicos alcanza hasta mas allá del universo, y ha pasado por todo género de dolores y padecimientos: háseles visto enterrarse en los presidios de Constantinopla, espirar, cantando himnos, bajo el hacha de los salvajes, y verter á torrentes en los calvarios del Japon la sangre del Redentor que circulaba por sus venas. Cítese cualquier desierto, cualquier peñasco del Océano desdeñado por la política ó el comercio, y allí se verá la tumba de un mártir de la caridad católica; de suerte que mientras el amor que á la Iglesia anima parece debia agotarse con tantas pérdidas, yo le veo reproducirse en el seno de la cristiandad bajo todas formas, en un sinfin de congregaciones religiosas, cuyos miembros todos, consagrados en cuerpo y alma al servicio de la humanidad doliente, danse á sí mismos como una limosna; abnegacion en cierto modo mas inefable que el martirio, porque si se necesita un esfuerzo de valor para sacrificar la vida, necesitase alguna cosa para sobrellevar toda una vida de sacrificios.

Cierto diario protestante, queriendo citar dos héroes de la caridad cristiana, escogió entre los Católicos á Vicente de Paul, y entre los Protestantes, no un ministro, cosa de notar, sino un apreciable viajero filántropo. Bastará sin embargo un solo rasgo para deslindar estas dos figuras: el monumento erigido en la abadía de Westminster á la memoria de Howard, le representa teniendo en la mano planes de

4 Mandatoria de 1842.

beneficencia en rollos de papel; mas el pobre sacerdote católico, conforme Dios escribió su poder, ha escrito su memoria en sus obras, otra de las cuales es el corazón de las vírgenes que llevan su nombre, heroicas madres de todos los desgraciados. ¿Qué compone la dádiva de algunas monedas de oro, que ni en un ápice disminuye los goces del opulento, en comparacion de la dádiva de sí mismo? ¿Quién no comprende la diferencia que media entre un suscriptor de sociedades bíblicas y una hermana hospitalaria? El mérito de la abnegacion católica mas resplandece cuanto mas se oculta; apélo sino á la conciencia universal; y si el Protestantismo puede ofrecer sociedades de beneficencia, vanamente buscaremos, allí donde él impera, las humildes víctimas de la caridad¹.

Veamos ahora de dónde nace esa caridad católica tan fecunda en prodigios, tan superior á la filantropía mundana y á la beneficencia protestante. Preguntádselo á todos esos ángeles de la tierra consagrados en cuerpo y haberes al alivio de las humanas dolencias; preguntádselo al misionero católico que divaga por los desiertos: su respuesta será señalarnos la Eucaristía. Sí por cierto, ¡la Eucaristía! hé aquí el verdadero foco de la milagrosa caridad de la Iglesia católica! Prueba de ello es, que en todas partes donde deja de creerse ó participarse de este misterio de amor, la caridad se extingue para ceder el puesto al egoismo y á la filantropía. Ahí teneis el ejemplo; fuera de los católicos que comulgan, no busqueis abnegacion heroica para el alivio de la humanidad doliente, no busqueis misioneros ni hermanas de caridad: podrán el protestante y el filántropo entregar algunas monedas, pero ¿entregarse á sí mismos? jamás; su religion no alcanza á tanto².

¿Cuán diferente es el católico! Misteriosamente conmovido despues de la Comunión, se dice á sí mismo: mi Dios en persona es el que se me acaba de dar inmolado por mi salud: en cambio de su corazón, me pide el mio; en cambio de su vida la mia; ¿qué podré rehusarle? Es verdad que él nada necesita, pero cede sus derechos á los pobres, á los enfermos, á los desgraciados, á los pequeños que son sus hermanos; y para los mismos exige mi corazón y mi vida, y como no tengo otra cosa con que pagar su amor, conténtase de ello. Entonces una voz suave resuena en el fondo de su alma, una divina complacencia la inunda, una victoriosa impresion la conmueve; enajenado el católico, entrégase todo entero, y ¡hé aquí, si Dios lo quiere, un misionero, un mártir, una hermana de caridad, una sierva de los pobres, por fin, toda una vida de abnegacion y de sacrificio!...

¹ Véase *Dógma generador de la piedad católica*.

² Esta expresion ingenuísima se debe á una jóven protestante, la cual visitando un dia con admiracion cierto hospital dirigido por religiosas francesas, exclamó: ¡Me gustaria ser como vosotras; pero conozco que *nuestra religion no alcanza á tanto!*

Si el fuego que ha consumido el holocausto se amortigua, el católico sabe reanimarlo en la hoguera del amor; y vuelve á acercarse á la sagrada mesa, que es como la sangre que desde las extremidades refluye al corazón de donde saliera para volver de nuevo á circular recalentada y depurada, y devolver á todos los miembros el calor y la vida: hé aquí algunas de las maravillas que la Comunión obra en el mundo católico. Visto esto, ¿quién podrá no sentir la admiracion mas profunda por la sabiduría del Redentor que hizo obligatoria la Comunión, y por la Iglesia católica que dispuso se practique á lo menos una vez en el año? Así es que mientras Jesucristo y la Iglesia parecen ocuparse solo de nuestra santificacion personal, por medio de esta simple ley, procuran mas eficazmente que todos los legisladores reunidos la paz, la dicha y el bienestar de la sociedad.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por todas las comuniones que he recibido durante mi vida, y pidoos perdon de las faltas que en ellas haya podido cometer.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, cada año renovaré el aniversario de mi primera comunión.